



CONGREGAZIONE
DELLE CAUSE DEI SANTI

Il Cardinale Prefetto

Beato Cristóbal de Santa Catalina (1638-1690)¹

Homilía

Angelo Card. Amato, SDB

1. La diócesis de Córdoba se jacta de una historia antiquísima de fe y de santidad. A la fama del obispo Osio, famoso teólogo que participó en el 325 en el primer concilio ecuménico de Nicea en defensa de la divinidad de Jesús, se añade la gloria de un numeroso ejército de mártires de las persecuciones anticristianas del siglo noveno, entre los cuales citamos al mártir San Eulogio, decapitado el 11 de marzo del 859 por haber proclamado abiertamente su fe en Cristo. En la guerra civil de los años treinta, del siglo pasado, la iglesia de Córdoba dio un ulterior testimonio de fortaleza cristiana, con el martirio de numerosos sacerdotes diocesanos, de seminaristas, de religiosos y religiosas, y de muchos laicos pertenecientes a asociaciones católicas. Entre ellos mencionamos solo a Victoria Díez Bustos de Molina (1903-1936), pedagoga católica y miembro de la Institución Teresiana, asesinada por odio a la fe el 12 de agosto de 1936 y beatificada por el Papa Juan Pablo II en 1993.

Hoy la diócesis, la Congregación de Hermanas Hospitalarias de Jesús Nazareno y los fieles de Córdoba y de toda España están en fiesta por la beatificación del Padre Cristóbal de Santa Catalina, cuya santidad ha sido vivida en esta ciudad, recorriendo

¹¹ Homilía pronunciada en la catedral de Córdoba el 7 de abril de 2013, con ocasión de la beatificación.

vuestras calles, asistiendo a vuestros pobres, ayudando a vuestros enfermos, socorriendo con inmensa caridad a todos aquellos que tenían necesidad de una palabra de ánimo, de consuelo y de esperanza. Y su obra ha sido continuada en los siglos por sus discípulos, de modo particular por la Congregación de Hermanas Hospitalarias de Jesús Nazareno. Sabéis que en Córdoba el Hospital *Jesús Nazareno* es una de las instituciones locales más meritorias, que testimonia el significado no solo espiritual sino también temporal de la caridad evangélica.

El Padre Cristóbal amaba Córdoba y la consideraba como su segunda patria. Y Córdoba correspondió a este amor acogiéndole como hijo, estimándole como benefactor y venerándole como santo. Hoy la ciudad y la diócesis son conscientes de vivir un día histórico, porque es la primera vez en la historia que se celebra aquí una beatificación.

2. Conocéis ya la vida edificante del nuevo Beato. Cristóbal Fernández (López) de Valladolid (Orea) nació el 25 de julio de 1638 en Mérida, ciudad cercana a Portugal, en una familia pobre de buenas costumbres. Su vida se puede dividir en dos periodos.

El primero, de 1638 a 1668, lo pasó en la ciudad natal, estudiando y después ejerciendo el oficio de enfermero, en el hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, y de sacristán, en la religiosas Concepcionistas. Sintiéndose llamado al sacerdocio, fue ordenado el 10 de marzo de 1663, continuando su labor de enfermero en el hospital.

El segundo periodo, que va de 1668 a 1690, transcurrió en Córdoba. Primero se retiró en el desierto de El Bañuelo, en la Sierra de Córdoba, siguiendo la rígida Regla de los Ermitaños de San Pablo. Después, en 1670, profesó la Regla de la Tercera Orden Franciscana con el nombre de Cristóbal de Santa Catalina. Su obra más importante fue la fundación, el 11 de febrero de 1673, de dos congregaciones franciscanas, denominadas Hermanos y Hermanas Hospitalarias de Jesús Nazareno.² El nombre deriva del hospital Jesús Nazareno para la asistencia de los enfermos

² Hoy la congregación masculina se ha extinguido, mientras que la femenina de monjas de clausura es con gregación de derecho diocesano.

incurables, de pobres ancianas y de huérfanas abandonadas. Nuestro Beato fue su capellán durante 17 años, con muchos sacrificios y pidiendo limosnas por varias ciudades. En ese tiempo conoció al dominico Beato Francisco de Posadas, que se convirtió en su confesor y en su biógrafo. Murió en olor de santidad el 24 de julio de 1690. Sus restos reposan en la iglesia del hospital de Jesús Nazareno.

3. ¿Cuáles son los rayos de su corona de santidad? La primera virtud que resalta en la vida de nuestro Beato es la de su grande fe, que se traducía en una confianza cotidiana en la divina providencia. Por ello, encima de la puerta de la enfermería del hospital había puesto un cuadro con la imagen de Jesús y con el lema: "Mi Providencia y tu fe ha de tener esto en pie".³ Por su fe, el Señor fue muy generoso con él, concediéndole no migajas sino sumergiéndolo en gracias y ayudas concretas.

Un día muy lluvioso, no teniendo con qué pagar a los albañiles y los carpinteros, salió a buscar limosnas. Los obreros le dijeron: «Padre, ¿a dónde vas con este tiempo?». Y él: «Voy a un sitio donde me han prometido doscientos reales». Así salió y, caminando por las calles que parecían arroyos de agua, dio vueltas y vueltas por la ciudad, volviendo a casa entrada la noche con no más de seis monedas. Dijo entonces a Sor Candelaria que mirase si había algo en la sportilla de la Providencia, donde se guardan las limosnas. La Hermana respondió que no había más de cinco reales. Sin desanimarse, el Padre Cristóbal le dijo que los cogiera. Vació la sportilla con los cinco reales y delante de los obreros comenzó a pagarles. Con sorpresa, cada uno recibió su paga y al final sobraron setenta reales. La divina providencia había multiplicado milagrosamente las monedas, como hace madurar las cosechas y hace florecer los lirios del campo.⁴

Otro día, Sor Candelaria le dijo que no había pan para dar a los pobres. Nuestro Beato le dijo que tuviera fe. A mediodía la Hermana preocupada le informa que aún no había nada. El Padre Cristóbal le riñó por su falta de fe. En ese momento tocaron a la puerta y Don Antonio de Góngora entrega a nuestro Beato un poco de pan,

³ Positio super virtutibus, *Biografía del Siervo de Dio*, p. 265.

⁴ Positio super virtutibus, *Biografía del Siervo de Dio*, p. 264-265.

insuficiente sin embargo para quitar el hambre a la comunidad del hospital. El Padre Cristóbal hizo poner ese pan escaso en la despensa. Cuando Sor Candelaria abrió la despensa se dio cuenta con grande sorpresa que estaba llena de pan. Compungida por su falta de fe, informó al Padre Cristóbal, que amablemente la amonestó: «Has visto que existe verdaderamente la divina providencia».⁵

En realidad, Sor Candelaria cansada por la falta continua de dinero y de alimentos había dicho a menudo al Padre que dejara el hospital y que volviera al desierto, porque no lograría nunca sostener las necesidades de la obra. Pero nuestro Beato no se daba por vencido y el Señor le recompensaba con favores abundantes y extraordinarios, como la multiplicación de las monedas, de pan y hasta de melones y ladrillos.

La vida del Padre Cristóbal está concentrada en aliviar la pobreza e implorar a la divina Providencia. Son innumerables los episodios que se podrían contar. Un hecho conocido y verificado por todos fue el siguiente. Las hermanas tenían en la cocina una caldera en la que cocían los alimentos. Con el tiempo, la caldera se consumió en un lado, creando un agujero como una nuez, por el que se salía el agua y apagaba el fuego. Las hermanas trataron de tapar el agujero como mejor pudieron pero no lo lograron. Se dirigieron entonces al Padre Cristóbal para suplicarle que le mandase a la caldera por santa obediencia que hiciese cocer la comida. Conmovido por tanta fe, nuestro Beato se dirigió a la caldera con candor franciscano: «Hermana caldera, en virtud de santa obediencia te mando que no se cuele más el agua y de cocer la comida para los enfermos». Inmediatamente la caldera comenzó a hervir, sin que se saliera ni siquiera una gota. Esto llegó a oídos del Obispo de Córdoba, Mons. Alonso de Salizanes, que sin embargo quiso comprobar personalmente la verdad del hecho. Informó con discreción al Padre Cristóbal, diciendo que quería hacer una visita al hospital y ver cómo se cocinaba la comida para los pobres. Entró en la cocina y efectivamente constató la verdad. Como el apóstol Tomás había metido el dedo en el

⁵ Ib. p. 266.

costado de Jesús para comprobar la realidad de la resurrección, así el obispo metió el dedo en el agujero, y lo retiró mojado, pero sin que se escapara ninguna gota.⁶

Ante estos hechos, cómo no recordar la palabra de la Escritura (Hb 11, 1-40), que dice: por fe Abel ofreció a Dios un sacrificio mejor que el de Caín, por fe Noé construyó el arca de la alianza para él y para los animales, por fe Abrahán llamado por Dios obedeció y se puso en camino sin saber a dónde iba, por fe Sara, anciana, recibió el ser madre, por fe Moisés libró al pueblo de la esclavitud de Egipto y atravesó el Mar Rojo, por fe los profetas ejercitaron la justicia, cerraron las fauces del león, apagaron la violencia del fuego, escaparon a la espada, encontraron fuerza de la debilidad, se hicieron fuertes en la guerra, rechazaron las invasiones de extranjeros: «Sin fe – concluye el autor sacro - es imposible ser agradables a Dios; quien de hecho se acerca Dios debe creer que existe y que recompensa a los que lo buscan» (Hb 11, 6). Esta es la primera gran lección de nuestro Beato, su profundo espíritu de fe.

—4. Pero en el ánimo de nuestro Beato, además de la fe, ardía el santo fuego de la caridad, que se alimenta socorriendo a los pobres, a los enfermos, a los marginados, a los que sufren. Las gracias de curaciones obtenidas por intercesión del Padre Cristóbal fueron numerosísimas en la vida y en la muerte. Un día, uno de los hijos del Vizconde de Villa Nueva estaba en peligro de muerte. El Vizconde no quería que el Padre lo visitara, porque temía que después de la bendición el chico moriría. Salió a la calle y encontró justo al Padre Cristóbal, que quería visitar al enfermo. Entró y bendijo al chico. Apenas salió, el chico se levantó de la cama y completamente curado se puso a jugar como hacen los chicos de su edad.

La caridad es una virtud que, como una madre, nutre en su pecho otras virtudes como la benignidad, la paciencia, la humildad. Un día, un enfermo que tenía sed pidió a nuestro Beato que le llevase un vaso de agua. El Padre Cristóbal fue a la

⁶ Ib. p. 267.

fuelle y llenó una garrafa. Entrando en la enfermería, el enfermero le gritó. Sin decir nada, el Padre volvió a la fuente, tiró el agua y puso el recipiente en su sitio. Esto sucedió otras veces por otras necesidades.

Nos preguntamos entonces: ¿por qué Dios suscitó en los enfermos estos deseos y en el enfermero este rigor? Y la respuesta de la fe es: en el deseo de los enfermos se manifiesta la caridad del Padre Cristóbal y en el rigor del enfermero su humildad.

El corazón de nuestro Beato era como el de Jesús, manso y compasivo. Recogía a los recién nacidos abandonados de noche delante del hospital, socorría con alimentos a las viudas vergonzantes que sufrían el hambre, acogía a los peregrinos indigentes. Daba todo a todos, quedándose a veces más pobre que los otros. Por dos veces el Marqués de las Escalonias le regaló un hábito, pues nuestro Beato se había quedado con un hábito raído y gastado. Pero algunos días más tarde el Padre Cristóbal lo dio como limosna a dos sacerdotes necesitados.

En otra ocasión, un fiel le regaló una capa y temiendo que la diese como limosna le dijo que no era un regalo sino prestada. Y como no la podía dar como limosna, el Beato le hizo saber que se sentía incómodo con ese don.

Prestaba mucha atención a las monjas de clausura, conociendo su gran pobreza y su espíritu de sacrificio y de oración.⁷ Por ello animaba a los ricos a ayudar a los monasterios con generosas donaciones, en vez de malgastar el dinero en cosas superfluas y vanas.

Su caridad con el prójimo era total. Era como un árbol que no solo daba frutos maduros, sino que se desprendía también de las hojas y de las ramas para hacer leña y quemarla. Por ello el Beato Cristóbal solía resumir el carisma de su obra diciendo: «Este Instituto es la caridad».

5. Pero se llega al monte de la caridad solo a través del valle de la humildad. Era tan profunda esta virtud en él, que los defectos que veía en el prójimo los corregía en

⁷Ib. p. 282.

sí mismo. La humildad es más elevada cuando se ejerce con las personas más sencillas, como es más admirable una madre que atiende a su hijo pequeño.

Un día el Padre Cristóbal estaba transportando en sus espaldas unas tablas de madera recogidas en el desierto, para socorrer a algunas viudas. Se le ocurrió por un momento que eso no era digno de un sacerdote. Para superar esa tentación atravesó con la madera las calles principales de Córdoba, venciendo el rubor natural y mortificando su amor propio.

A quien quería besarle la mano le respondía que no era digno y que era mejor besar la tierra. Una cuaresma, un fraile, antes de subir al púlpito para el sermón, se le arrodilló y le pidió la bendición. El Padre Cristóbal se arrodilló también y se negó. Pero quedando los dos de rodillas en oración, al final nuestro Beato le dio la bendición. Por humildad se la había negado, por obediencia se la concedía.⁸

6. Era tan patente su virtud que cuando se le veía andar por las calles de Córdoba pidiendo para mantener a los pobres, a los enfermos, a los niños huérfanos, todos decían: *Ahí va el Santo.*⁹ Y hoy la Iglesia, por medio del Papa Francisco, reconoce oficialmente la santidad excelsa de este sacerdote, que es verdaderamente, como escribe vuestro Obispo Mons. Demetrio Fernández, un santo para nuestro tiempo.

En la carta Apostólica, el Papa Francisco sintetiza la vida virtuosa de nuestro Beato, diciendo que «enfervorizado por la caridad evangélica se hizo siervo de los enfermos, a los que dio testimonio de la divina predilección redentora por los que sufren».

Este compromiso netamente evangélico y franciscano es continuado hoy con valentía, con entrega, con creatividad por las Hermanas Franciscanas Hospitalarias de Jesús Nazareno, presentes en Córdoba, en muchas ciudades de España, en Roma, en Italia, en Guatemala, en Perú, en la República Dominicana. Son dos los compromisos que ellas han heredado de su Beato Fundador: el compromiso de la propia santificación y el de la caridad sin fronteras hacia todos los necesitados del mundo.

⁸ Ib. p. 300.

⁹ Positio super virtutibus, *Extractos de los Procesos Ordinarios y Apostólicos*, p. 480.

Que el Beato les guíe, les fortifique y haga florecer la Congregación con santas y numerosas vocaciones.

Pero la tarea de socorrer a los enfermos, a los ancianos, a todos los que necesitan asistencia nos compromete a todos nosotros. Seamos generosos en la escucha, en la cercanía y en la ayuda a los indigentes, sobre todo a los de nuestras familias, con la protección del Beato Cristóbal de Santa Catalina. Esta es nuestra mejor respuesta al don de la misericordia infinita del Corazón de Jesús con nosotros.

Amén.